

la mesa... y que no he podido abrir hasta ahora mismo... ¡Leed!

DE RHODAS (*tomando la carta*).

Veamos... Un anónimo... ¡Oh! (*Leyendo*.) "Uno de vuestros más antiguos y de vuestros más verdaderos amigos no puede sufrir que se engañe á una mujer como vos y se la haga víctima de una traición que acabaría por agriar vuestra existencia. El señor de Epinoy es, desde hace tres años, el amante oficial de vuestra mejor amiga. Nadie lo ignora en París más que el Príncipe y vos., (*Doblando la carta*.) ¡Cómo! ¿Y es esta tontería la que os ha preocupado hasta ese punto?

JULIETA

Pues qué, ¿no es vuestra la carta?

DE RHODAS (*después de una pausa de admiración*).

¡Oh, señora!

JULIETA

Dice, como véis: "Uno de vuestros más antiguos y de vuestros más verdaderos amigos., Yo no tengo ningún amigo más antiguo ni más verdadero que vos...

DE RHODAS

Peró, ¿no comprendéis que lo que se dice en esta carta es una abominable calumnia?... Es, sin duda, una indigna maniobra de algún enamorado poco escrupuloso, que se propone despertar vuestros celos con el fin de abusar de ellos... También pudiera ser

de alguna mujer que ame á vuestro marido, y quiere sembrar la discordia en vuestro matrimonio... Estas son pequeñas infamias, muy corrientes en sociedad... Por lo demás, la carta es hasta ridícula... Los malvados ó las malvadas que descienden á semejantes miserias deberían, al menos, escoger calumnias verosímiles... Porque vos sabéis que la Princesa ha sido la que ha dado los pasos necesarios para vuestro matrimonio con de Epinoy, ¿no es cierto? ¿Cómo podéis, pues, creer que si ella hubiese estado enamorada de vuestro marido, le hubiera arrojado así en vuestros brazos?... ¿Es esto posible?... ¿Es esto natural?... Vos, que sois mujer... ¡juzga!

JULIETA

Cierto... pero ocurren cosas tan raras en el mundo... He recibido ya tantas sorpresas en el corto espacio de tiempo que llevo casada... Ya véis... dice que es público... que todo el mundo lo sabe... y ahora que me han abierto los ojos, recuerdo mil detalles... mil frases raras... equívocas... Pedro, decidme la verdad, os lo suplico.

DE RHODAS

No hago otra cosa, amiga mía.

JULIETA

¡Luego ha desaparecido el profundo afecto, la tierna simpatía que antes os ispiraba!

DE RHODAS

Nunca ha sido tan vivo como ahora mi afecto por

vos, y puesto que me obligáis á ello, os diré que hace mucho tiempo que me habéis inspirado un amor tierno y respetuoso, del que no creo estar bien curado aún... Por eso mismo debéis creerme, sin dudar un punto, cuando os digo que esta carta es una grosera calumnia... porque si yo abrigase la más ligera duda, ¿cómo había de poder resistir á la tentación que me ofrecéis?... Reflexionad que sería el ideal, para un pobre diablo de enamorado como yo, tomar parte en vuestras sospechas, compartir vuestras penas y tratar de mitigarlas... Pero no puedo hacerlo... porque si bien es cierto que os amo... amo aún más á la verdad y al honor... ¿me creéis ahora?

JULIETA

Sí; pero si me engañáis, llegaré á saberlo más tarde ó más temprano, y no os lo perdonaré nunca.

DE RHODAS

Corro ese riesgo con el mayor gusto... Y para terminar, permitidme que os dé un consejo: id á bailar tranquilamente, quemad ese asqueroso papel en uno de los farolillos que alumbran el parque y no volváis á pensar en su contenido... y sobre todo, no habléis de él á vuestro esposo... el hacerle pensar en el mal le estimularía tal vez á ejecutarlo... (*Sacando el reloj.*) Os ruego que me dispenséis... pero me marcho; no quisiera perder el tren.

JULIETA (*tendiéndole la mano.*)

Buen viaje, amigo mío. Muchas gracias.

DE RHODAS

No hay que hablar más del asunto, ¿eh?

JULIETA

No... decidme: ¿no sospecháis quién habrá escrito este billete?...

DE RHODAS (*después de un momento de duda.*)

No... buscad entre vuestros amigos... entre aquellos á quienes estiméis menos... ¡adiós!

JULIETA (*sola un momento y pensativa.*)

...¡Con qué interés me interrogaba hace un momento... aquí mismo!... ¡Cómo me abrumaba á preguntas acerca de mi... de mi marido... de nuestra felicidad... y no era esta la primera vez!... (*Después de un silencio.*) Entre mis amigos... entre aquellos de mis amigos á quienes menos estimo... me parece que no conozco á nadie que sea capaz...

(*Aparece Sartigny en el fondo.*)

SARTIGNY

¿Aún aquí, señora?... ¿y sola?

JULIETA

Sí; me volvía adentro... acaba de partir de Rhodas.

SARTIGNY

¿Permitís que os acompañe hasta el castillo?

JULIETA

Con mucho gusto... Tanto más cuanto que tengo que hablar con vos.

SARTIGNY (*inclinándose ligeramente*).

¡Ah!

JULIETA

Sí... muy formalmente... Señor de Sartigny, entre la multitud de galanterías que habéis tenido á bien dirigirme durante esta temporada, una ha llamado particularmente mi atención: cuando yo sonreía al escuchar vuestras sentimentales protestas, me habéis dicho que casi deseais verme desgraciada, á fin de que pudiese poner á prueba vuestra amistad... Así me lo habéis dicho, ¿no es cierto?

SARTIGNY

Sí, así he debido decíroslo, porque así lo pienso.

JULIETA

¡Pues bien! Vuestros deseos se han realizado... Soy muy desgraciada y apelo á vuestra amistad.

SARTIGNY

Mi amistad está pronta para seros útil.

JULIETA

Vamos á ver. Vos estáis, como nadie, en las interioridades del gran mundo; vos conocéis todos sus misterios, todas sus intrigas... ¡Pues bien! ¿Es cierto

que se habla públicamente, en sociedad, de un devaneo, de un lazo amoroso que había precedido á mi matrimonio, y que ha continuado después de él, entre una de mis amigas y otra persona ligada á mí por vínculos muy estrechos?

SARTIGNY

¡Señora! No sé si entiendo bien vuestra pregunta.

JULIETA

La entendéis perfectamente; pero os preguntáis si debéis contestar á ella... ¡Y bien! ¡Si todas vuestras protestas no son ridículas palabras de la más vulgar galantería, si deseáis realmente ser mi amigo, respondedme... libradme de esta angustia que me devora, y á la cual os juro que prefiero mil veces la certidumbre.

SARTIGNY

¡Oh, Dios mío! Me desesperáis, señora... porque toda la amistad del mundo no puede nada contra el estado de espíritu en que tengo el sentimiento de encontraros... ¿Qué puedo yo deciros? No me habéis de dar crédito. Debo afirmaros—porque esa es la verdad—que es la primera vez que he oído hablar de los extraños rumores á que aludís... pero estoy seguro de que no habéis de creerme, de que habéis de continuar en la persuasión de que lo sé todo, de que sólo la delicadeza paraliza mi lengua... y vuestra ansiedad continuará en el mismo estado, sin que me sea dable aliviarla.

JULIETA (*aniquilada y como hablando consigo misma*).

¡Es cierto!... ¿Mas qué hacer? ¡Porque yo no puedo vivir así!

SARTIGNY

¡Ah! ¡Dios mío! ¡Qué desgracia que no os hayáis encontrado á mi lado hace un instante!... La Princesa y de Epinoz se habían sentado un momento bajo aquel arco en que hay una estatua de Diana, según creo... Yo cruzaba por el paseo, por detrás de los arbustos... he oído, á pesar mío, su conversación, y os aseguro que jamás he escuchado ninguna más inocente.

JULIETA (*designando el fondo del parque*).

¿Están aún allí?

SARTIGNY

Es probable.

JULIETA

Vamos á verlo.

(*Se alejan ambos.*)

ESCENA VII

Bajo la arcada de arbustos situada en el fondo. Un banco rústico.

LA PRINCESA y DE EPINOZ, JULIETA y SARTIGNY (*ocultos estos últimos tras de los arbustos*).

DE EPINOZ

¿Sentís frío? ¿Queréis que nos volvamos al castillo?

LA PRINCESA

Todavía no; os lo ruego... ¡Son ahora tan poco frecuentes nuestras entrevistas!...

DE EPINOZ

Vos lo habéis querido así.

LA PRINCESA

Era preciso.

DE EPINOZ

¡Ah! ¿Por qué no me habréis dejado conservar mi independencia?

LA PRINCESA

Os hubiera matado mi marido.

DE EPINOZ

Eso lo hubiéramos visto.

LA PRINCESA

O me hubiera llevado al extranjero.

DE EPINOZ

¿Y por qué no haber consentido en partir conmigo cuando yo os lo suplicaba?

LA PRINCESA

Eso hubiera sido destrozarse la existencia de ambos... exponerme á que llegara un día en que os arrepintiérais de haberlo hecho... Os aseguro que hay, sin embargo, momentos en que siento no ha-

ber accedido á vuestros deseos... ¡Sufro tantol...
¡Está mi alma tan torturada, tan desgarrada!

DE EPINOY

¿Torturada?

LA PRINCESA

Pues qué, ¿creéis que no tengo celos?

DE EPINOY

¡Bah! ¡De una niña!

LA PRINCESA

¡Cómo se dilata su corazón... cómo se deleita con
su falsa dicha!...

DE EPINOY

¡Es una niña!

LA PRINCESA

¡La hablaba de vos hace un instante... y tenía un
aspecto de tranquilidad, de confianza, de seguridad en
vuestro cariño! ¡Hasta razonaba como lo haría quien
supiese á qué átenerse acerca de este punto!... ¡Ah,
la detesto con toda mi alma!

DE EPINOY

¡Es una niña!

LA PRINCESA

Sí, pero es joven... no es tonta... es guapa. Bien
fácil es que lleguéis á amarla... ¿Por qué no habéis
de llegar á enamoraros de ella?

DE EPINOY

¿Y tú me lo preguntas? *(La besa en un hombro.)*

LA PRINCESA

¿Oís?... Anda gente por aquí... me vuelvo al casti-
llo... hasta dentro de un instante.

(Le estrecha la mano y se aleja rápidamente. De Epinoy la sigue más despacio. Un instante después salen de la sombra Sartigny y Julieta. Esta, muy pálida y sostenida por Sartigny, va á sentarse en el banco.)

JULIETA *(con voz débil)*.

¡Dejadme! Quiero estar sola.

SARTIGNY

No puedo separarme de vos sin daros cuenta de
mi asombro... sin que sepáis cuán lejos estaba de
prever... porque, os lo repito, acababa de oír algunas
palabras de su conversación y nada podía hacerme
sospechar...

JULIETA

¡Vamos, marchaos!... y recoged antes vuestra
carta... *(Tirándole el anónimo.)*

SARTIGNY *(después de una pausa)*.

Señora, no tengo el honor de comprenderos; pero
respeto vuestro dolor que, evidentemente, os ex-
travía. *(Se aleja.)*

JULIETA *(sola)*.

¡Miserable!... ¡Y los otros... más miserables aún!...
(Juntando las manos con desesperación.) ¡Luego es
verdad... es cierto! ¡Ya me falta todo; todo se des-

ploma sobre mí... ¡Nada ya... nada más que Dios!...
¡Oh, qué mal me siento!

(Aparece el Príncipe á la extremidad del paseo. Julieta se levanta bruscamente y le mira.)

ESCENA VIII

JULIETA, EL PRÍNCIPE

EL PRÍNCIPE

¡Ah! Dispensad, querida Julieta.

JULIETA *(muy turbada)*.

¿Sois vos, Príncipe? ¿Buscáis á la Princesa?

EL PRÍNCIPE

Sí; me han dicho que la han visto pasar por aquí.

JULIETA

En efecto, aqui estaba hace un instante.

EL PRÍNCIPE

¿Con vos?

JULIETA

No.

EL PRÍNCIPE

¿Con quién?

JULIETA *(después de un momento de vacilación)*.

¡Sola! Paseaba por el borde del lago.

EL PRÍNCIPE *(recogiendo el anónimo)*,

¿Es vuestra esta carta?

JULIETA *(tomándola)*.

Sí; muchas gracias.

EL PRÍNCIPE

Pero... estáis tan pálida como una estatua... ¿Os encontráis mal?

JULIETA

No estoy muy bien... He sentido mucho calor... después frío... Me haríais un gran favor, querido Príncipe, si tuviérais la bondad de encargarnos de rogar á mi marido que me disculpe con nuestros invitados... No me encuentro en disposición de volver á los salones... subiré á mi cuarto y procuraré entrar en reacción... pero esto no es nada... no es nada... decídselo á mi marido.

EL PRÍNCIPE

Sí... sí... Voy á prevenir al Sr. de Epinoy y procuraré que no se alarme... Pero estáis temblorosa... Tomad mi brazo... os lo ruego.

JULIETA

Con mucho gusto.

(Se dirigen hacia el castillo.)